

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO ILUSTRADO

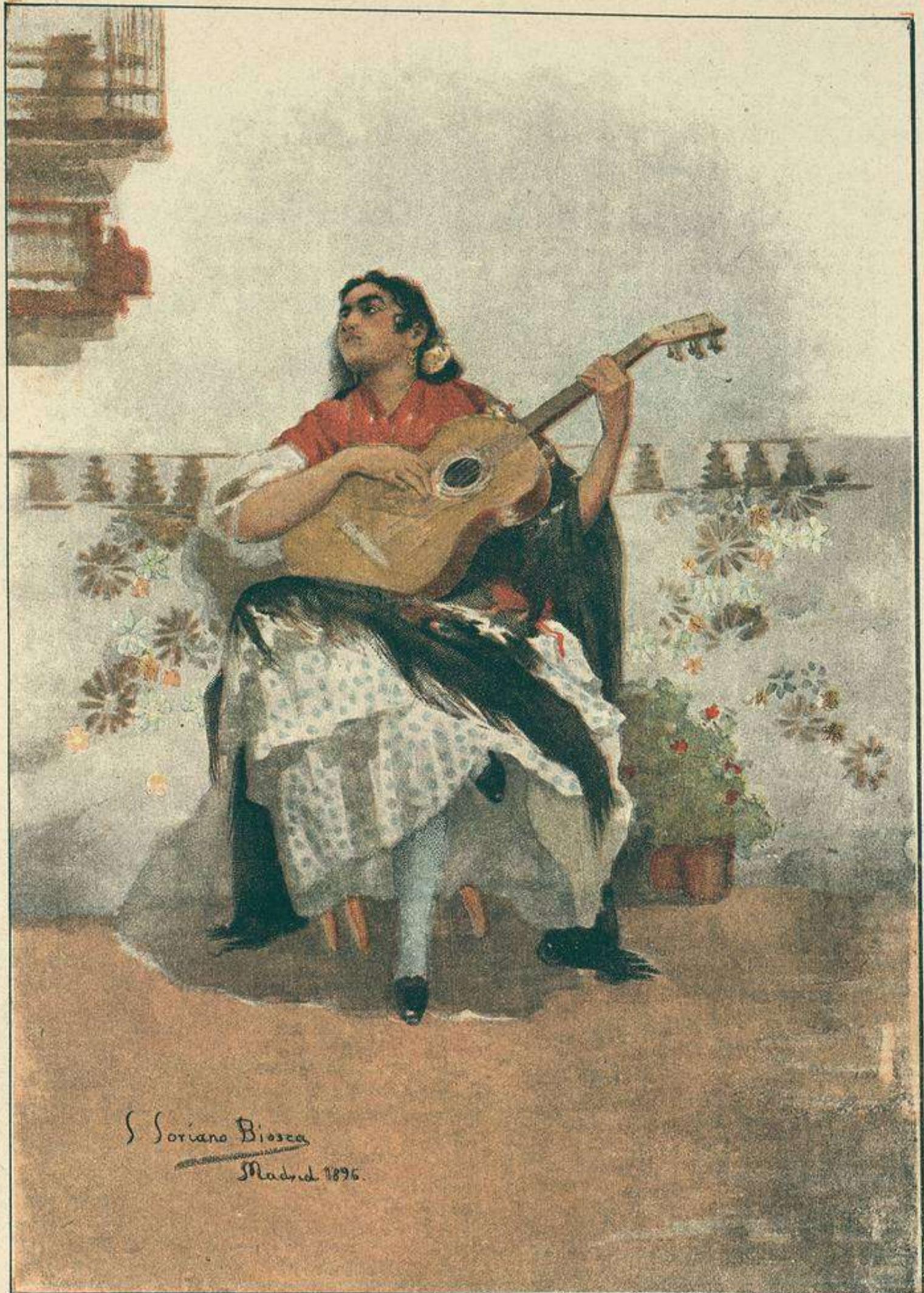
DIRECTOR ARTÍSTICO: D. JOSÉ GÄRTNER DE LA PEÑA

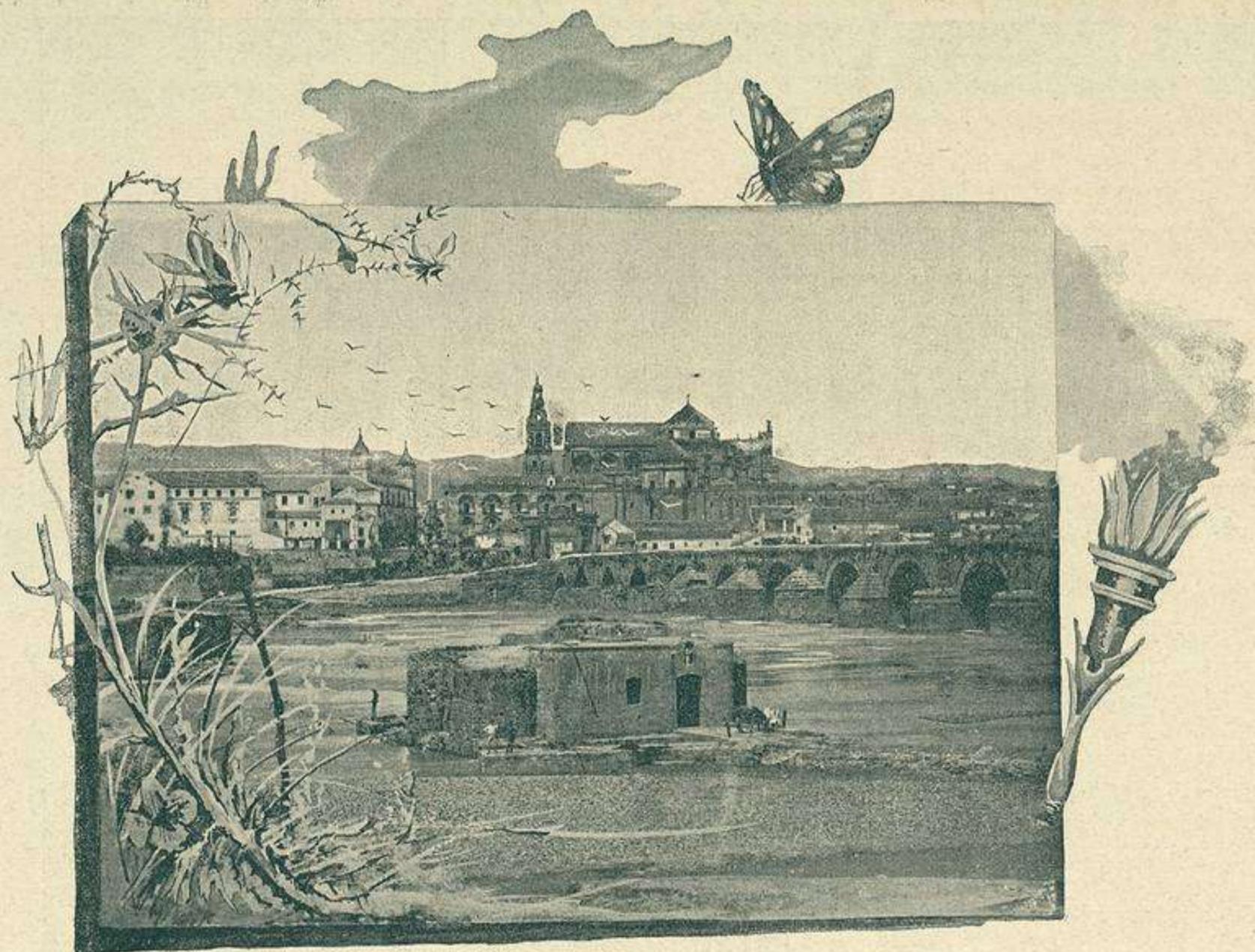
AÑO III N.º 51

Madrid Mayo de 1896

OFICINAS FACTOR. 7

S. BIOSCA.





CORDOBA

Pocas son las poblaciones que unen á su antigüedad una historia tan brillante y plagada de detalles curiosos, como la que en sí tienen las páginas de los volúmenes que en todas las épocas se han escrito acerca de la ciudad de Córdoba.

El hermoso suelo en que vivimos, dotado de una exuberancia sin límites, circundado á modo de marco por la feraz campiña, á cuyos piés se deslizan majestuosas las aguas del Guadalquivir y por la sin par Sierra Morena, convertida siempre en ameno y bellísimo jardín, que exhala ricos perfumes y ofrece, con la variada entonación de sus flores y de su luz vivificante, los sublimes cuadros cantados por nuestros poetas y pintados por los artistas de todos los países del mundo; hállase en el centro de la región andaluza, en donde parece que el color del cielo es más azul y en donde el sol derrama su luz de oro con los cambiantes sublimes de la pródiga naturaleza.

«La antigüedad de la ciudad de Córdoba—según un célebre cronista—es tan remota que no hay memoria alguna de su fundación, y cuantas conjeturas se han propuesto sobre este punto son aventuradas y gratuitas.

La primera vez que figura en la historia es en tiempo de Aníbal, 218 años antes de Jesucristo.»

Los fenicios, los cartagineses, los romanos y los árabes, dominaron en Córdoba largas centurias, hasta la reconquista por San Fernando.

Su envidiable situación geográfica y topográfica; los heroicos hechos de armas realizados en todos los tiempos; sus artes, su industria; sus monumentos más notables; los productos de su suelo; los hijos que dieron á Córdoba brillo y nombre y días de gloria y los minuciosos detalles que encierra la historia de esta noble ciudad, cuna de santos, de mártires elevados á los altares, de sabios, de valientes soldados, de escritores, de poetas y de artistas de gran valía, todo se acumula en las gloriosas páginas de la antigüedad.

Para hacer un bosquejo que se aproxime á la realidad, que diga, sin otras pretensiones, algo de lo mucho bueno y bello que Córdoba conserva á través de los siglos, dentro y fuera de sus muros, y que haga comprender de modo fácil el objeto que nos hemos propuesto, se necesitaría otra pluma más autorizada que la escogida para este modesto trabajo.

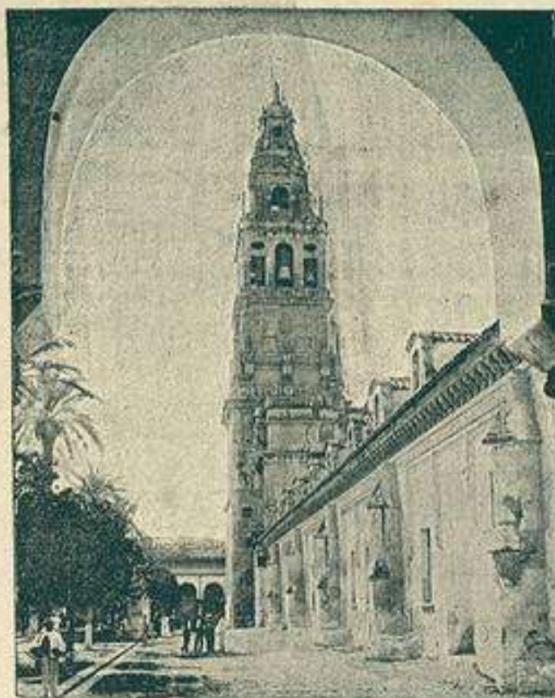
Al entrar en materia excitamos al lector en clase de *cicerone*, á visitar el primero de nuestros monumentos.

La grandiosa Mezquita, hoy templo Cristiano, es objeto de la primera visita de cuantos llegan á Córdoba. Sus prolongadas naves, la variedad de columnas de jaspe que sostienen las arcadas las maravillas del arte arábigo en todo su esplendor, el suntuoso crucero, la soberbia obra de talla de la sillería del coro, que construyó Duque Cornejo; la magnífica Custodia de Enrique de Arfe, que se guarda con otras alhajas de inestimable valor artístico; aquellas se recorren con detención y éstas se admiran con verdadera curiosidad, y mientras en las capillas que guardan preciosos restos del Mirhab se enaltece el arte y gusto musulme, en el crucero, de gallarda construcción y de elevación majestuosa, se admira también la suntuosidad y grandeza de aquella nave, muestra digna del arte cristiano.



Interior de la Catedral.

Al lado Norte tenemos el pintoresco Patio de los Naranjos, que alterna con esbeltas palmeras; y sobre la Puerta del Perdón se alza la torre, magnífica obra de sillería que corona sobre su ele-



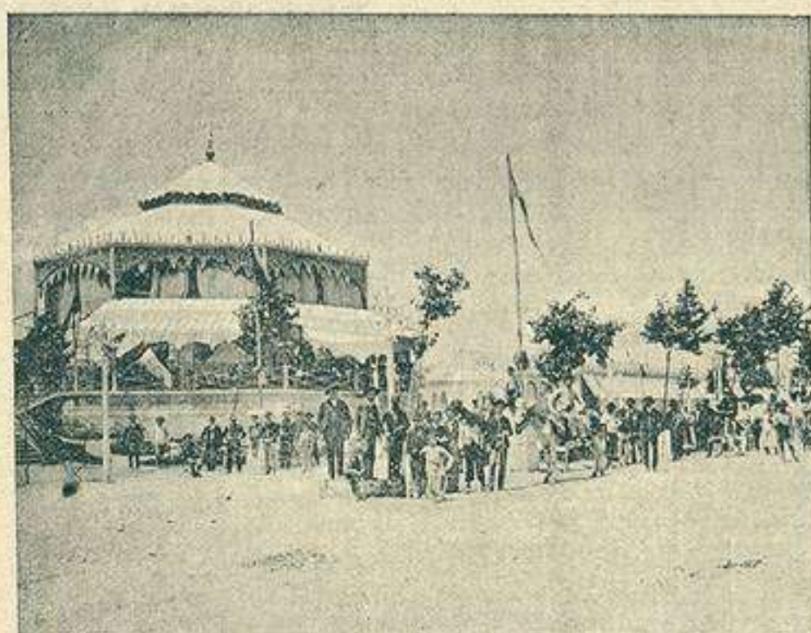
Patio de los Naranjos (Catedral).



Vista exterior de la Catedral por la puerta del Perdón.



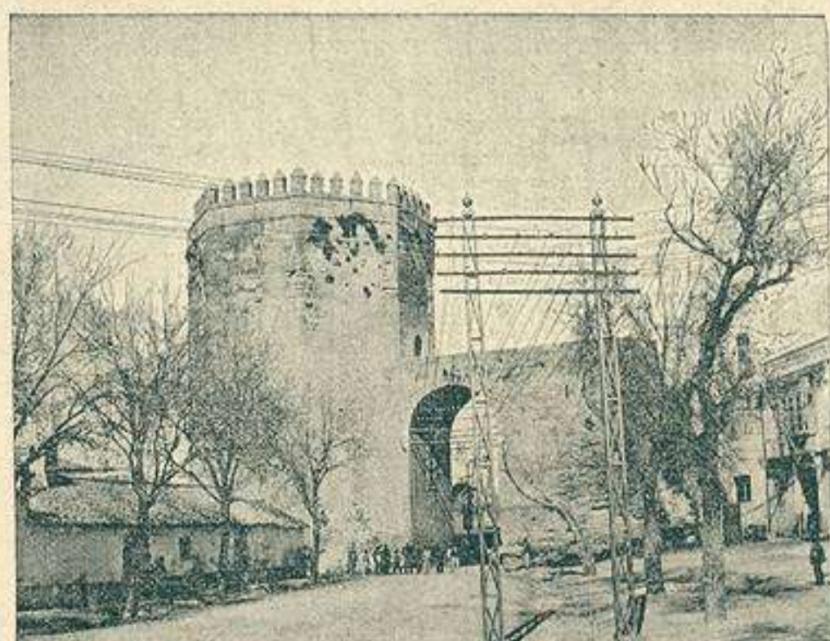
San Lorenzo.



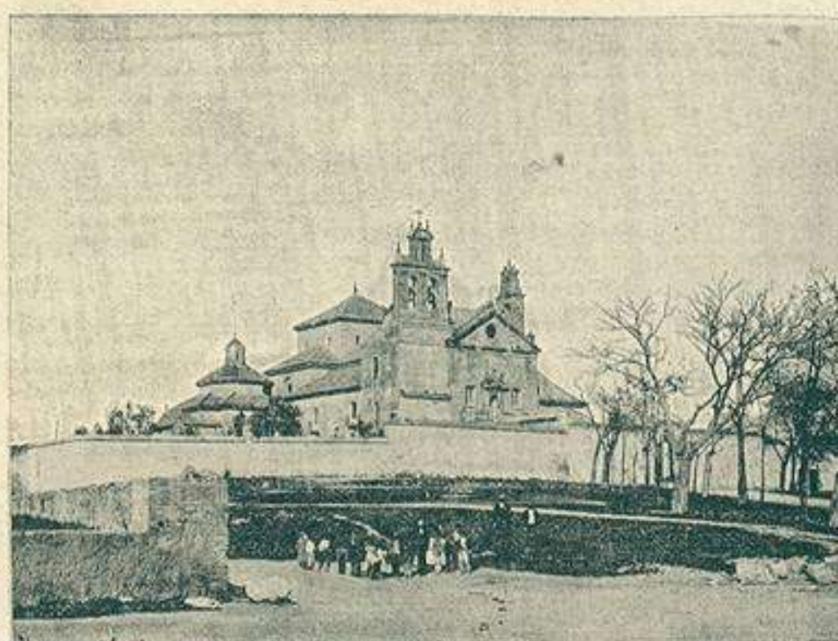
Tienda del Ayuntamiento.



Vista de Córdoba y puente de Trajano [tomada desde el Campo de la Verdad].



Torre de la Malmuerta.



Histórico convento de San Cayetano.

vada cúpula la imagen de San Rafael, el custodio de esta ciudad, y al que los cordobeses rendimos culto de fe y veneración.

Córdoba tiene otros edificios notables. El Seminario Conciliar de San Pelagio, célebre centro de donde salieron muchos de los que han ocupado, y en la actualidad ocupan altos puestos en la Iglesia y el Estado, se encuentra en vastísimo edificio aislado al Sur de la población. Junto á él se halla el Triunfo levantado á San Rafael y construido en 1731.



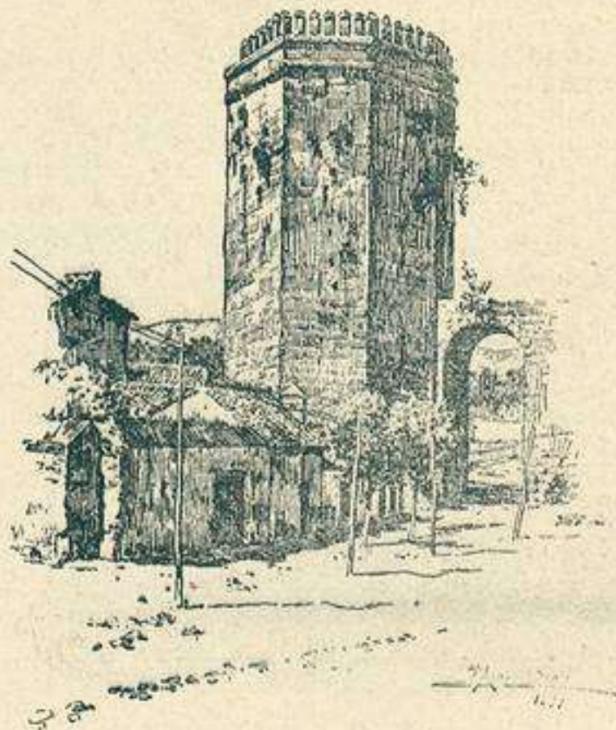
Una de las puertas de la Catedral.

La acción del tiempo tiene en estado ruinoso, que necesita urgente reparación, la Puerta del Puente, que fué en su día principal entrada á la ciudad. El magnífico puente sobre el Guadalquivir se construyó en la época de la dominación romana.

Prolijo sería enumerar, como decimos al principio de estas líneas, todos los edificios antiguos y modernos para dar siquiera una ligera idea de los puntos que aquí llaman la atención.

Recorriendo las calles encontramos que, para perpetuo recuerdo, tienen muchas los nombres de los hijos de Córdoba que enaltecieron á su patria.

Séneca, el Gran Capitán, Lucano, Osio, San Eulogio, Juan de Mena, Ambrosio de Morales, Juan Rufo, Céspedes, Góngora, Castillo, Muñoz Capilla, Casas-Doza, García Lovera, Carlos Rubio, Amador de los Ríos, Angel de Saavedra y otros ilustres varones contemporáneos que han



La torre de la Malmuerta.

4

sido dignos de que Córdoba conserve en la memoria, que á ellos se deben muchos de nuestros gloriosos timbres.

La arquitectura moderna va extendiéndose por todas partes y se ven edificios notables y de elegante construcción.

La industria se ha desarrollado también de poco tiempo á esta parte, y si las famosas platerías cordobesas tienen una vida anémica, no puede ciertamente culparse á los cordobeses de esta situación lamentable.

En nuestras joyerías se nota el gusto más refinado y la riqueza y arte en todo su apogeo. Allí están los escaparates ó muestrarios de los joyeros Barbudo, Castillo y Costi, Castillo hermanos, Ripoll, Narvaez, Aguilar y otros, que presentan al público alhajas que compiten ventajosamente en valor intrínseco y artístico con la obra alemana y la de otros países que se introduce en España con perjuicio de la industria nacional.

La Escuela provincial de Bellas Artes que dirige desde su fundación el estudioso arqueólogo y escritor distinguido D. Rafael Romero Barros, puede considerarse también, y sin que en esta apreciación quepa género alguno de duda, como una verdadera gloria.

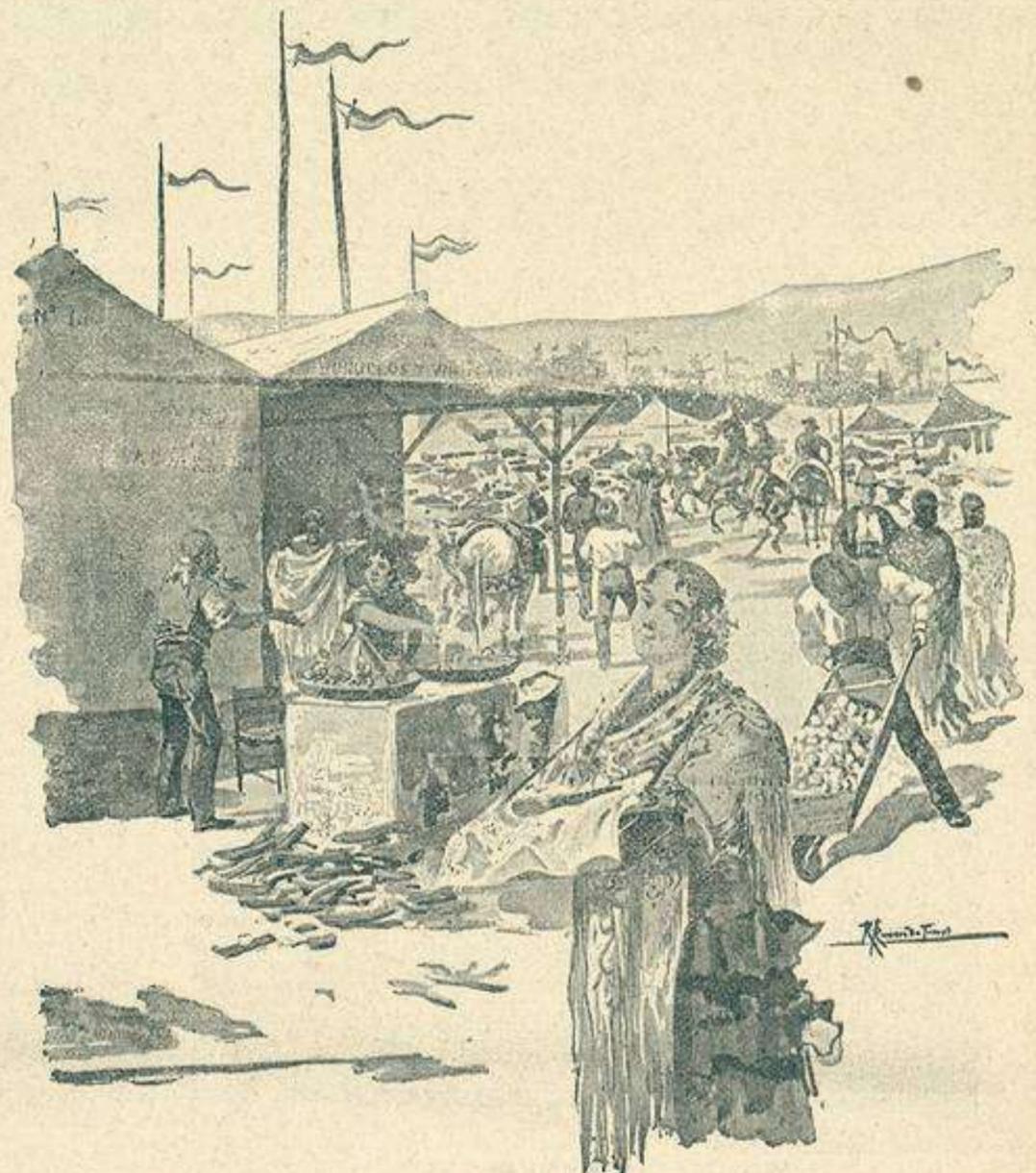
De aquel centro de educación popular han salido artistas que gozan de justificada fama.

Los discípulos de la Escuela de Bellas Artes de Córdoba ocupan puestos distinguidos en todos los ramos del arte y llevan sus conocimientos y aptitudes á los talleres de Córdoba.

Prueba elocuente de estos adelantos son los productos de nuestra industria. Con gran ventaja compiten hoy con las mejores fábricas de muebles los establecimientos de Blanco, Molina, Crespo y Valles, Moreno, Barca y otros no menos notables. Los espaciosos salones que destinan á aquellos productos pueden considerarse como selectas exposiciones, en donde se unen en agradable consorcio el arte y la riqueza dentro de las legítimas aspiraciones del gusto moderno.

Córdoba, que todo lo esperaba antes de su agricultura, se abre paso, aunque de un modo lento, y en los nuevos horizontes de su industria se coloca felizmente y sin tropiezos á la altura de otras poblaciones que hasta ahora habíamos envidiado.

Para cumplir medianamente con el trabajo que nos hemos impuesto, creemos que va prolongándose demasiado este bosquejo; pero cordobeses, y entusiastas amantes del suelo en que nacimos, no podemos dejar de consignar hechos que están basados en la realidad misma, y si bien omitimos en esta ocasión detalles que están de perfecto acuerdo con nuestro modo de ser y cuadrarían en este relato, un sentimiento patriótico nos obliga á cerrar esto



La feria de Córdoba (Apunte).

punto con muy pocas palabras. *Córdoba es digna de mayor protección.*

Ya hemos tocado, si bien ligeramente, lo que á las artes y á la industria se refiere.

Nos resta decir algo de las letras, si bien no es el autor de estas líneas el llamado á ello, por ser el último de los que á diario dan la jornada en el periodismo local.

El sabio cronista del Ayuntamiento de Córdoba y director de la Academia de Ciencias, D. Francisco de Borja Pavón, es el ilustre decano de las letras cordobesas, y de la prensa el respetable jurisperito, erudito escritor y distinguido poeta D. Rafael García Lovera, director del *Diario de Córdoba*.

Entre los escritores, poetas y periodistas figuran D. Miguel José Ruíz, González Ruano, Delgado López, González Atanés, Reyes Corradi, Monte Molina, Navarro y Prieto, Ortíz Sánchez, Blanco y Belmonte, Enrique Redel, Ricardo Montis, Enrique Ruíz Fuertes, Jover y Sanz, Blanco y Criado, Llacer y Gosálvez, Arnaiz, Moreno Barranco, Barasona, Angulo Mayorga, Pedro Lara, Julio Pellicer, Vaquero y Jimenez, Simancas, Fernando Montis, López Dominguez, Castillejo de la Fuente, Vaquero Muñoz y otros que en los certámenes, en los libros y en la prensa dan gallardas pruebas de su ilustración.

Nuevamente invito al lector á que me acompañe á dar un paseo por nuestra sierra.

La primera visita será al Santuario de Linares. Allí, ante la imagen santa de la Conquistadora de esta ciudad, recordaremos que á fines del siglo XIII se decidió la suerte de Córdoba, triunfando la Cruz y derrotando las huestes agarenas. Sobre el elevado cerro de Jesús, testigo mudo de los heroicos hechos del ejército cristiano, divisaremos muy lejos cordilleras de montes y extensos valles.

La segunda visita será á otro santuario.

En *Scala Caeli* admiraremos las pinturas al fresco que se conservan en aquel templo y recordaremos también algunos detalles históricos de San Alvaro de Córdoba, de Fray Luis de Granada y de otros varones que enaltecieron el nombre de la religión dominicana.

Y, por último, tomaremos la senda que desde la Arruzafa conduce al Desierto de Belén.

En lo más alto del monte inspeccionaremos cuidadosamente las Ermitas; recorreremos aquella santa mansión; tendremos ocasión de observar que realmente es cierta la austeridad de los ermitaños, y al trasladarnos al mirador recitaremos algunas estrofas de *Las Ermitas*, de Grilo, que pintó con mano maestra las grandes verdades que se encierran en el Desierto de Belén; divisaremos desde aquella altura, y á vista de pájaro, la ciudad de Córdoba con sus almenados torreones y las inmensas llanuras de la Albaida y aspiraremos el suave perfume de las flores, escuchando el melancólico sonido de las campanas y los trinos de los pájaros cantores que son los únicos que turban el silencio en la solitaria morada de los ermitaños que, lejos del mundo, consagran á Dios su existencia.

MARIANO MARTÍNEZ ALGUACIL

LA ROMERÍA DE LOS PEDROCHES

Fiesta, alegre romería;
teatro de la algarada
los albores de la sierra,
de esa que *morena* llaman
porque todo lo moreno
tiene á torrentes la gracia.
Por dosel el cielo hermoso
que densas nubes no empañan;
por alfombra el césped blando
que rosas bordan y esmalta
un arroyo que murmura
entre lirios y espadañas.
Personajes, *todo Córdoba*;
lo mismo la apuesta dama
que la *flamenca* andaluza,
de tez y labios de grana.
El doncel como el pechero
y el galán de estirpe clara,
que no hay allí distinciones
ni privilegios, ni castas.
Pero entre tal muchedumbre
y confusión tan extraña,

como siempre, sobresale
la gente de *rompe y rasga*.
Lleno de júbilo el pueblo
celebra á la Candelaria,
que es su fiesta favorita,
con una alegre *parranda*.
El arroyo de *Pedroches*
es el lugar de la zambra:
hélo allí: de la alta sierra
borda la espléndida falda
y á su alrededor ondula
cual leve cinta de plata.
Hoy en él se han dado cita
formando un grupo de hadas
las mujeres más hermosas
que son de Córdoba gala.
Por eso la muchedumbre
se agolpa allí y se entusiasma
mirando á la *bailaora*
que al compás de la guitarra
hace extrañas contorsiones
se agita cual débil palma
y cada vez que una vuelta
dá, con donaire, gallarda,
del mantón entre los flecos
se lleva enredada una alma.
Ved el columpio que mece
á un ángel con forma humana
de cabellos como el oro
y tez cual la nieve blanca.
Bajo pañuelo de seda
oprime el borde á la falda,
siendo tan discreta liga
martirio de las miradas
del mancebo que á la bella
adora con *toda el alma*.
Aquí se escucha una copla
que un novio á su amada canta;
por allí cruza un jinete
que en un alazán cabalga
con pretales de colores
y silla á la jerezana;
éste, á pasar el arroyo
se dispone, más resbala
y se dá un baño imprevisto
que acrecienta la algazara.
Todo es gozo y alegría,
todos ríen, todos cantan,
que en diciendo ¡a divertirse!
nadie al cordobés iguala.
Cuando declina la tarde
tocan á la desbandada
y el arroyo se convierte
en *pandemonium* ó zambra.
A lo lejos se divisan
como siniestros fantasmas,
las altas torres de Córdoba
que el Ángel Custodio guarda.
A ella llegan los romeros
después de alegre parranda,
fatigados, pero alegres;
llenas de gozo las almas,
una oración, las iglesias
nos piden con sus campanas;
extraño rumor el viento
forma al azotar las cañas
y ese rumor misterioso
que hasta los cielos se alza
va, de los fieles á unirse
con la devota plegaria.

RICARDO DE MONTIS Y ROMERO



Tendido desde uno hasta otro tejado el toldo de lienzo está como un palio, dando *sombras claras* al callado patio de blancas losetas y fuente de mármol.

Cercan á la fuente toneles con plátanos de listadas hojas que se alzan formando verdes quitasoles de lustroso raso.

Con la enredadera lucen tapizando las blancas paredes cálices morados.

Junto á las persianas cantan los canarios, presos en las jaulas de alambres dorados, mientras que la mosca baila en el espacio.

A veces la mosca que flota zumbando, lánzase hacia otra parada en un cuadro; sobre ella aletea... y se va volando.

Los centelleadores peces colorados, bullen en la fuente caracoleando, y rosas de nieve, claveles y nardos coronan la taza de bruñido mármol, mojando en el agua sus endebles tallos.

En la mecedora, con almohadillado de berlas de oro, que tiemblan colgando, se mece la dama vestida de blanco, mientras lee de Arolas los sencillos cantos.

Echado á sus plantas dormita entretanto un perrillo rubio con lunares blancos.

Todo brinda al sueño: cantan los canarios, presos en sus jaulas de alambres dorados, y suenan vibrantes las gotas de llanto que desborda al agua la taza de mármol orlada de rosas, claveles y nardos.

.....
Un triste mendigo, con un niño en brazos, llega á la cancela de hierros labrado; con voz quejumbrosa solicita amparo; se despierta el perro, y escandalizando con ladrido agudo, da furiosos saltos, hasta que el mendigo se marcha asustado, pensando que casi siempre en los palacios hasta los perrillos odian los harapos.

Al perro la dama

le pasa las manos, como agradecida de que echó al *hermano*, y suenan vibrantes las gotas de llanto que desborda al agua la taza de mármol orlada de rosas, claveles y nardos.

ENRIQUE REDEL.

A MI MADRE

Madre, cuando tú vivías .
atenta siempre á mi pena,
en mi conciencia inserena
la paz con tu amor ponías.
Hoy como en aquellos días
cuando mi quietud se esconde,
te busco, pero ¡ay! ¿en dónde?
¡si al llamarte en mi aislamiento
á la angustia de mi acento
nadie qual tú me responde!

¿Dónde fuiste? ¿no fué ayer
cuando con tierno cariño
á mis caprichos de niño
dabas realidad de ser?
¿No era tu mayor placer
dar resplandor de alegría
á mi existencia sombría?
Y hoy... ¡Cómo á decirlo acierto
si mi aliento quedó yerto
al irte tú, madre mía!

Partiste y lejos de mí
cuando á sí te llamó Dios,
de tu bendición en pos
no pude llegar á tí.
Así mi suerte, así
que hoy en mi mortal porfía
paso un día y otro día
tu partida recordando
y vivo ¡pero es llorando!
y no es vivir ¡madre mía!

¡Ah! ¿cómo olvidarte en hora
de ventura bien escasa?
¡Si cuanto más tiempo pasa
más mi corazón te llora!
Si mi espíritu te adora
con único fervor suyo
vé con qué razón arguyo;
pues falta de fé y de calma
¿á dónde llevaré el alma
que encuentre amor como el tuyo?

¡Muerta! ¡qué triste verdad,
qué amargo convencimiento!
¿Cómo puede el sentimiento
vivir de esa realidad?
La horrible fatalidad
decretando tu partida
dejó mi existencia herida;
que no hay mayor padecer
que pensar en tí y saber
que no he de verte en mi vida!

Sordo el cielo á mi clamor
borró tu existencia amada
reduciéndote á la nada
y robándome tu amor.
Hasta qué extremo el dolor
agrandaba la inconsecuencia,
que cuanto es mayor tu ausencia
más me empeño en aguardar;
¡sin que te pueda apartar
del marco de mi conciencia!

¡Mas á qué abismos, Dios mio,
dejas despeñarse el alma!
¿dónde encontrará la calma
el que vé su hogar vacío?
¡Con amargo desvarío
de este aislamiento feroz
siento el purgatorio atroz
aumentando mi agonía!...
¡oh! ¿dónde estás, madre mia
que ya no escuchas mi voz?

¡Del espíritu honda sima
es la soledad traidora!
¡hay sombras que el alma adora
porque es lo único que estima!
Cuando el destino escatima
con una y otra aflicción
la humana satisfacción
y en la soledad nos lanza,
ni un átomo de esperanza
queda en nuestro corazón.

La esperanza, madre, ¿quién
devolvérmela pudiera?
¿de tu caricia sincera,
quién podrá inspirarme el bien?
Si mis ojos no te ven
y en vano te voy buscando...
dime que me estás mirando...
que mis ruegos no desoyes;
dime ¡oh madre, que me oyes
cuando te llamo llorando!

De todo ser al morir
dicen que vá á renacer.
Sí, yo te siento en mi ser
y á la par de mí, vivir.
Te percibo en mi sentir,
te respiro en el ambiente,
¡si yo sé seguramente
aunque á la razón no cuadre,
que el féretro de una madre
lo lleva el hijo en la mente!

Tiene diques el dolor
en el tiempo y el olvido
y el primero es un gemido
y el segundo un torcedor.
Cuando se pierde el amor
de una madre, no hay manera
de resignarse siquiera,
siendo el choque tan profundo
que no hay memoria en el mundo
que olvide, á menos que muera,

.....
¡Dios mio! Si tu poder
es tal que al mandato tuyo
abre la flor su capullo
y llora en la cuna el ser.
Tú que te apiadas al ver
de esta vida transitoria
la condición ilusoria...;
si de justicia eres Padre...
yo no te pido á mi madre;
¡pero te pido su gloria!

RICARDO CANO



CORDOBESES ILUSTRES

En feria, el año pasado, oí á dos indígenas el diálogo siguiente:
 Nota. *Indígena* quiere decir «natural de Córdoba», como explicaba un orador de la localidad en un establecimiento de «bebidas naturales».

—Esta es la tierra é promisión, compare—decía uno al otro.—Usted no sabe de esto; como que en su tierra de usted no hay ni gracia é Dio.

—Cayusté ya, y dejusté á mi tierra.

—Aquí nasieron er Seneca, er Galeno, er Bocanegra, er Lagartijo, er Guerra, er Conejito... por fin, la mar de eyos.

—¿Y que dejasté pa los demás estaos de España y Urtramar?

—Pues tos los insignificantes. ¡Qué mujeres, qué ganaerías, qué prespetiva y qué alegría y qué gloria é feria.

Y no exageraba el sujeto que esto decía, que tienen que ver aquellas maravillas de color y aquel lujo de hermosura y aquellas riquezas naturales de la tierra del Califato.



Medalla de Córdoba.

Los grupos ó los pelotones de mozas y de mozos güenos que acuden de Montilla, Lucena y otros varios pueblos de la provincia, á vender sus mercancías y á ver las corridas de toros de feria.

—Allí están la flor y nata de los potros de verdadera sangre, los mejores del mundo, rivales de los árabes y aun der potro é Santiago, y Dios me lo perdone—me decía un amigo cordobés.

—Pero aunque no hubiera más en Córdoba que sus mujeres, sus olivares, su vino, sus caballos y su *mezquita*, y aunque no hubiera sido patria de tantos y tan ilustres varones, bastarian para enaltecerla los dos Rafaeles.

Estas son «confesiones» de un aficionado á toros y á toreros, pero con buen fin.

—Rafael Molina es una figura de una vez—prosiguió el amigo entusiasta,—y Guerriya va por el mismo camino; digo, que ya es otra figura.

—Y el ministro de Hacienda, supongamos, otra, y usted otra.

—Créame usted á mí; que si er Lagartijo hubiera recibido...

—¿Toros?

—Estudios quiero decir, á estas horas le veríamos en la Presidencia del Consejo, ó pué que más. Rafael tiene mucho dentro, y cultivado el talento natural, nadie sabe adonde puede ir á parar un hombre.

Y entre otros muchos rasgos de su vida que acreditan á Rafael de «hombre bueno»—como él dice de muchos que no lo son—y generoso y caballero.

Estaba todo preparado para empeza á almorzar en la casa de aquella posesión de Lagartijo; todo, hasta los estómagos aguardaban con impaciencia.

Rafael había desaparecido, dejando á los amigos sentados alrededor de la mesa en el comedor.

—¿Dónde anda el matador?—se ocurrió preguntar á uno de los comensales.

—Es verdad—afirmaron otros.

Y alguno se levantó y salió del comedor.

Oyó la voz de Rafael y bajó, pero se detuvo antes de salir al sitio donde estaba el diestro, en conversación con un pobre hombre como

de cincuenta y tantos años, destrozado de prendas (de vestir) y descaizo.

El amigo oyó á Rafael que decía al pobre, á quien había servido él mismo en un poyo un plato de arroz con gallina y jamón y otros tropezones y una botella de vino:

—Estás güeno de ropa y de zapatos.

—¿Y qué he de hacerle, señor?

Rafael se levantó y subió sin decir una palabra hasta su habitación.

El amigo se ocultó presuroso para que Lagartijo no le viera.

Este bajó en seguida con un pantalón, un par de botillos y una manta de viaje.

—Toma—dijo al pobre—ponte eso.

Y cuando el infeliz se hartó de comer y de beber, y se puso pantalones y botillos y echó sobre el hombro la manta, abrazó á Rafael llorando:

—Perdóneme usted—balució,—no he tropezado en mi vida con un hombre tan noble.}

—Cáyate—dijo Rafael—y toma.

Y entregó al pobre dos duros.

—Ya estás apañao, y no paces jambre nunca; vente aquí que acá siempre hay comia.

El amigo volvió conmovido al comedor, y ligeramente relató á los otros cuanto había visto.

Cuando Rafael entró todos callaron.

—Algún lío, ¿eh?—le preguntó uno de los concurrentes.

Y Lagartijo respondió sonriendo con afectada malicia:

—Cozas de eyas.



UN ADMIRADOR DE CORDOBA

LA MANTILLA BLANCA

Es la franja de plata de las olas;
 el nítido fulgor de la mañana;
 el límpido celaje, el rico marco
 que el color reconcentra y aquilata;
 la corona de nardos y azucenas
 conque la primavera se engalana;
 un canto en una página de nieve;
 la primorosa copa cincelada
 que contiene una flor lozana y bella
 y la ojiva oriental de filigrana.

MANUEL REINA



GUTIERREZ.



ERNESTO GUTIERREZ

DE VUELTA DE LA FUENTE.

VERÁ USTED CÓMO FUÉ

Cuando yo le conocí era el señor Juan un hombre viejo y casi momificado.

Pero en sus ojos, brillantes y vivos, y en la conversación del señor Juan se adivinaba un pasado turbulento y dramático... hasta donde pueden adivinar todo esto los novelistas que pintan los personajes de sus novelas.

Vivía en un pueblecillo de Sevilla, y se pasaba los días en la posada «para cabayeros», según anunciaba un letrero en caracteres gigantescos sobre la puerta de entrada.

El señor Juan era respetado en el pueblo, y la gente de campo le miraba como á un general retirado, después de conquistar laureles para su patria.

Hombre de carácter bondadoso, acudía á socorrer al pobre, hasta donde podía, y á dar un consejo al que hubiese menester de él.

Conservaba, á pesar de sus sesenta y nueve años, energía cuando llegaba el caso y fuerzas hercúleas.

—Ha sío un guapo—repetían todos los vecinos.

Y no hay que decir si le considerarían los aspirantes á bravo, porque es la condición que más admiran las muchedumbres.

En su sillón con asiento de cuero y brazos de madera, pasaba el señor Juan platicando con los arrieros que iban y venían, con los gañanes y *aperaores* cuando salían para el trabajo y cuando regresaban y paraban ordinariamente para refrescar y para ver al patriarca, que así le decían algunos al viejo.

Otras veces se entretenía oyendo tocar la guitarra, y aun se arrancaba con alguna coplilla, á instancias de la concurrencia, pero siempre por lo *jondo*, por lo muy *jondo*, porque era del estilo y del gusto artístico más celebrado, cuando el señor Juan era mozo.

Eso sí; todas las coplas tenían «mucho sentío».

A nadie ocultaba su pasado *glorioso*.

El señor Juan había sido capitán general de ladrones, con mucho contentamiento del público.

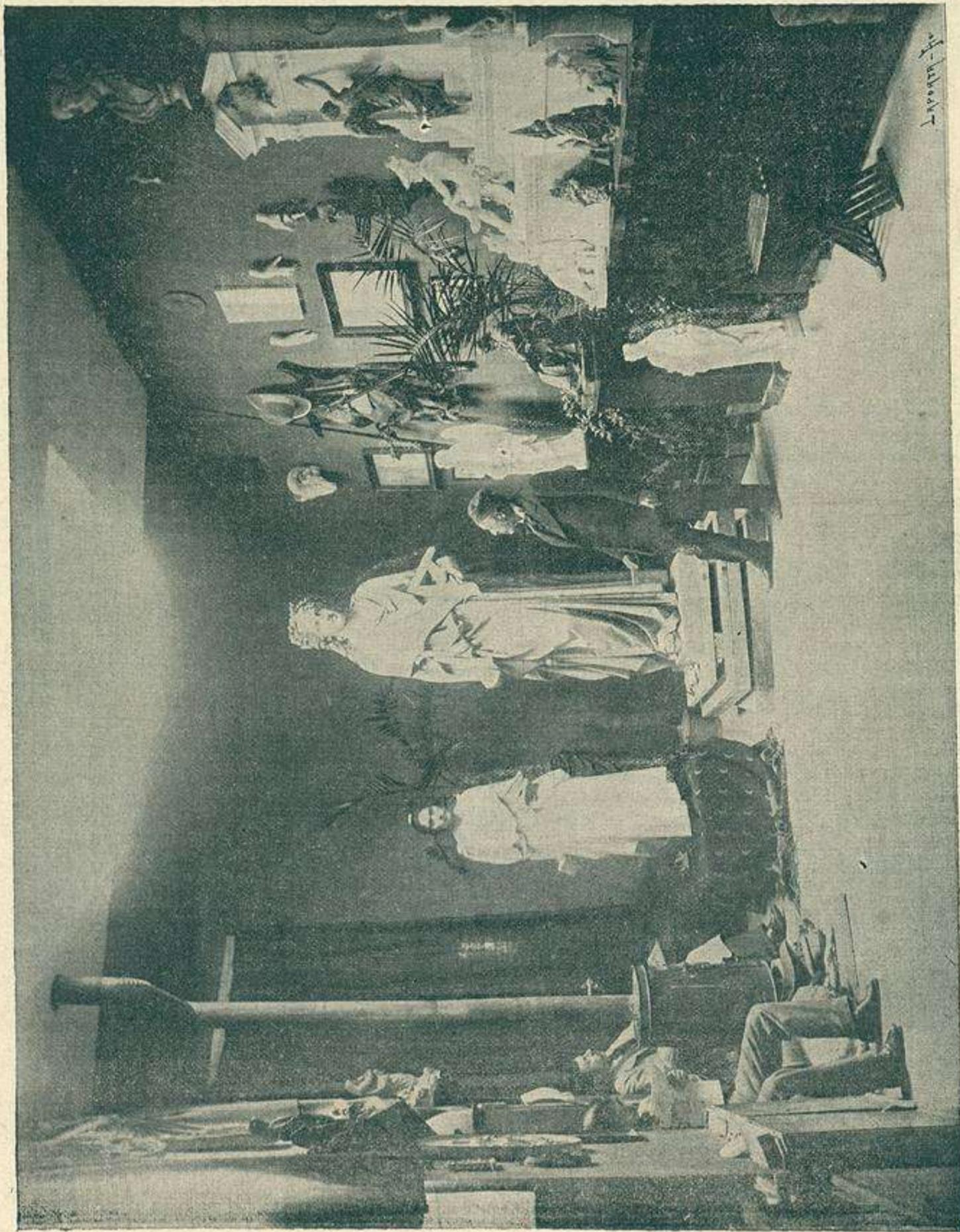
Es decir que en su clase era un santo—Dios nos perdone,—un ladrón de bien, como quien dice.

—En mi vía asesiné á un hombre malamente—aseguraba el viejo.—Si no me han provocao, no he dicho «esta boca es mía»... Ahora... si arguno «me tiraba el rentoi...» pues, ya se sabe... Por fin, tos semos pecaore.

—¿Y cómo se echó usted á esa vida, señor Juan—le pregunté.

—Vaste á sabelo, y es la primera ve que ha salío e mi boca

J. ALCOVERRO



SU ESTUDIO

esta confesión... Digo, aparte de la confesión que jise con er pae cura cuando me retiré de aqueya mala vía.

Y el señor Juan, después de unos cuantos segundos de silencio, dijo:

—Veinte años contaba yo—y perdonen ustés que paesca esto er prinsipio e un romanse.—Pues contaba yo veinte años cuando murió mi pare, dejándome unos interese: mi probetica mare había muerto ya.

El señor Juan se quitó el sombrero y se persignó.

—Solo y con dinero, prensipié á vivir como una presona mayor. Lo mismo gastaba yo una onsa de oro, que se la regalaba á cuarquier probe necesitao. Entre éstos se me presentó un día un desgrasio, que había sío amigo é mi pare; esesperao, con dos niños y sin poer darles pan. Jise... lo que debía jase: socorrele, pero con generosiá, manque á mi me esté feo er desilo.

—¡Olé por los hombres—exclamó el posadero.

—Los tiempos vanean, y los hombres nos jaseamos malo, conforme pasan los tiempo. Ayegó un día en que yo me vide solo, probe y enfermo, jayándome en Graná. Cuando salí del hespitá fi á casa de... on Fulano: ¿pa qué desir el nombre? No me resibieron. On Fulano había cambio e posición sociá. No era ya aquel pare que mendigaba pa sus hijos. To lo que jiso por mí fué desile un día ar criaio: «Anda, sácale á ese probe argo e comía... en la cazuela der perro, que ca cuar tiene su estómago y...» ¡A mí, que tantas vese lo había sentao á mi mesa!

—¡Canaya, sinverguensal—interrumpió uno de los presentes.

—Eso jué lo que yo dije, y Dios me perdone, pensé en vengarme. Aluego sutrí otro desengaño; aluego otros y otros. Una ves trompesé con la mujé á quien había querío más que á las niñas e mi ojos; la paré en la caye pa salvarla, y eya, que me había comío mi dinero, sapartó diciendo: «¡Jesús! ¿Quién es ese tio asqueroso?»

Conque salió un guapo á defendé á la... mala mujé, y... murió solo á los pocos minutos.

—¡Várgate Dios!—murmuraron algunos.

Pude escapá y... no sabiendo qué jaseme, me jise ladrón. Er resto e mi historia ya lo conosen ustés. Me indurté y aquí vivo en pas y sin más que esperá el último desengaño.

Cuando terminó su historia el señor Juan, había quien lloraba entre sus admiradores.

—¡Venga de ahí!—dijo él, como para borrar de la memoria recuerdos desagradables.

Y un mozo empezó á templar la guitarra y luego á rasgugar unas seguidillas gitanas.

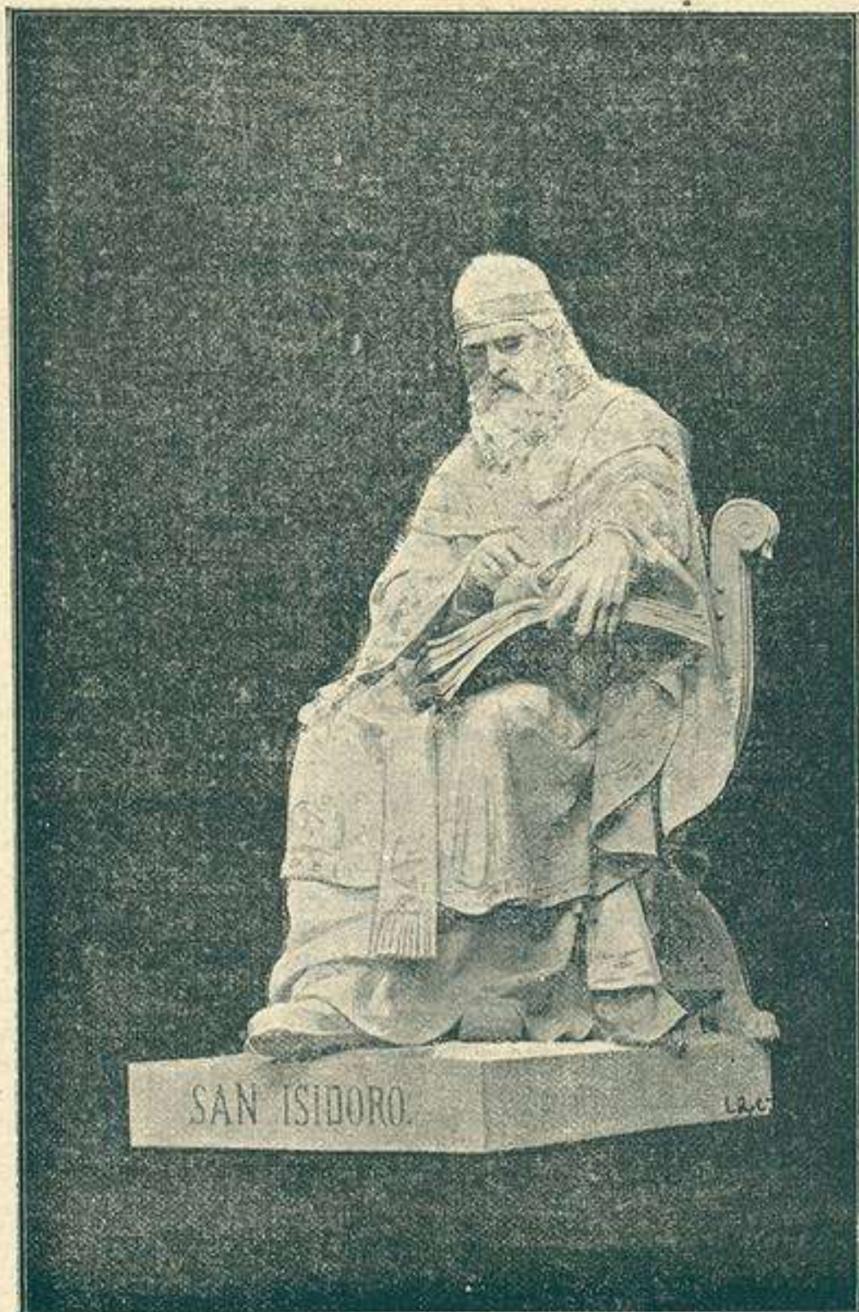
El viejo tosió, y en seguida que sintió en la garganta su voz de bajo submarino, rompió á cantar estas coplas filosófico-morales:

No hay pena en er mundo
donde está mi pena,
que manque paese que me encuentro solo,
siempre estoy con eya.

Quisiste matarme,
y te perdoné;
pero con otro no te vea nunca,
que te mataré.

EDUARDO DE PALACIO.

J. ALCOVERRO.



SAN ISIDORO



PEQUEÑA AMBICION

GALERIA ARTISTICA

ERNESTO GUTIÉRREZ

Conocer las obras de este artista es, sin que nadie lo diga, saber la tierra en que vió la luz.

Granada, la gentil Granada, la ciudad cantada por el simpár Zorrilla, fué cuna de Ernesto Gutiérrez, en la que nació el año 73, contando, como es consiguiente, 23 años. Como todo andaluz, sus cuadros tienen generalmente por asuntos los vastos panoramas de aquella encantadora región de España con sus campos, en los que hay una verdadera riqueza de matices, sus huertas llamadas cármenes, rebosantes de vida y de colores; su cielo, de un azul transparente y purísimo, y las preciadas joyas del arte arábigo, griego, romano, etc., que subsisten en el recinto de Granada para admiración y asombro de las generaciones. Hablando ya del artista, diremos que fué alumno de la Escuela de Bellas Artes de Granada, estudiando después en la misma ciudad con el laureado pintor Muñoz Luena, y siendo muy felicitado por los verdaderos amantes del arte en las exposiciones anuales que en dicha ciudad se vienen celebrando.

Trasladado su estudio á Madrid hace poco tiempo, cambió el estudio del natural que tan abundante en bellezas se le ofrecía de la hermosa ciudad andaluza, por el estudio de sus maestros favoritos, Velázquez y el Greco. En la actualidad prepara los estudios y bocetos necesarios para un cuadro de importancia con que se dará á conocer en la próxima Exposición Nacional, y por el que seguramente le aguardan nuevos lauros que agregará á los que en su ciudad natal ha obtenido en múltiples certámenes.

JOSÉ ALCOVERRO

Treinta años de estudio, de trabajos y de éxitos le han dado una popularidad que hace innecesario el encomio de su nombre, prestigioso en el mundo del arte y justamente reconocido por todos como el de un verdadero maestro.

El catálogo de sus obras es inmenso; el de sus producciones notables sólo ocuparía gran parte de estas columnas.

Entre sus obras premiadas, exhibidas en Exposiciones nacionales, recordamos las siguientes:

Ismael desmayado, medalla de tercera clase en la Exposición de 1867; *Primer lazo de amor*, idéntica recompensa en 1881; *Jeremías*, medalla de segunda clase en 1890; *San Isidoro*, medalla de primera clase en la Exposición de 1895.

Es además autor de las notabi-



ERNESTO GUTIERREZ.



J. ALCOVERRO.

lísticas estatuas del padre Piquer Berruguete y Alfonso X, ganando el premio á estas obras ofrecido en concursos muy lucidos y en competencia con los artistas de más brillantes condiciones y aptitudes que hoy tenemos.

Todas sus obras demuestran el genio de su esclarecido autor, y revelan un estilo donde la sencillez es compañera de la majestad, y la expresión adquiere la vida de una realidad hermosísima.

Alcoverro nació en un pueblecito de la provincia de Tarragona; fué discípulo del Sr. Piquer é hizo sus primeros estudios de modelado en la Real Academia de San Fernando.

Después ha estudiado con mucha constancia y progresado siempre en sus trabajos.

Sus obras maestras las ha trabajado inspirándose en las grandes figuras de la historia, pero también en la trilla escultura de gran género en la cual tiene obras de mérito y de indiscutibles perfecciones.

Sus esculturas religiosas son muy notables.

Alcoverro es de los artistas que sin perder su estilo especial saben acomodarse, merced á flexibilidad de su talento, á las exigencias y modificaciones del arte moderno, y en todas sus obras se revela como artista de grandes iniciativas.

Es la primera vez que su firma honra las páginas de nuestro periódico y estamos seguros que el público ha de ver con satisfacción las obras que de tan notable escultor reproducimos.

SOLEÁ

De nuevo honramos estas páginas con una acuarela del joven artista Sr. Soriano Biosca, autor de la premiada por el Círculo de Bellas Artes y publicada en uno de los números de nuestro SUPLEMENTO, titulada *Posant Oli*, que tanto agradó á los inteligentes.

La que hoy ofrecemos en primera plana es digna hermana de la anterior.

Una mujer andaluza toca la guitarra acompañándose con languidez la *Soleá* que canta con voz argentina y expresión soñadora, en tanto que mira la jaula del canario favorito, que la escucha, seguramente, con arrobamiento, preguntándose qué rival entona tan dulcísima melodía. La escena está interpretada felicísimamente.

Soriano Biosca no se duerme sobre los laureles ganados; trabaja sin cesar y con fortuna; buena prueba dan la hermosa figura pintada para el nuevo Círculo La Señera y la linda acuarela que el público verá en la Exposición del Círculo.

MODAS QUE FUERON



HENNIN CON ÁMPLIO VELO.

Seguimos en París, centro de la moda.

Después de aquellas famosas expediciones que hiciera Carlos VIII, estuvieron en todo su apogeo las modas de la Edad Media. ¡Adiós furor por lo gótico! Los trajes masculinos sufrieron repentina transformación; y no digo nada los femeninos. Esta racha innovadora concluyó, á más de con otras muchas cosas, con el famoso *hennin* que á pesar de su extravagante apariencia, duró un siglo y embelleció muchos semblantes.

La vestimenta en general tornóse complicadísima. Reemplazó al *surcot*, el corpiño, que había de ser de color distinto al de la falda, y excesivamente adornado de vistosos y dorados ramos.

majes, amén de los indispensables hilos de perlas en el cuello, y cuyo collar casi cubría el descote.

También usáronse de distinto color al del cuerpo, las flotantes mangas, semejantes á grandes alas de exagerados picos. Este grado no me dejará mentir.

Hizo asimismo gran furor otra forma de mangas, hechas á pedacitos de diferentes telas; pedacitos que unían unas cintas, no sin dejar su correspondiente vacío, que se encargaba de llenar la manga de la fina y primorosa camisa de Holanda.

Luego se usaron aquellas no menos famosas mangas de *burletes*, que tanta aceptación tuvieron, que por tanto tiempo se usaron y que tanto vemos en los retratos antiguos.

Se me olvidaba: el calzado *patté*, de cuadrada punta, muy ancho, abullonado, aplastadísimo, reemplazó al otro estrecho, liso y puntiagudo.

La variedad en el peinado fué grande. El que más se usó fué el bajo. Tuvo bastante aceptación aquél que consistía en un ancho burlete, especie de turbante encajado en el mismo occipucio, y á más algo así como una pequeña cofia encima, que servía de marco al rostro. Lujosísimo tocado era éste, pues iba cubierto de una redcilla de perlas é hilos de oro, cuya usanza se modificaba algo en aquellos sitios donde la influencia flamenca luchaba con la italiana, por si añadían á la cofia el célebre sombrero «á tajos» que más tarde sirvió de modelo á la gorra que usara la infantería suiza.

Tales habían de ser las modas que imperasen durante el reinado de Francisco I; modas aceptadas con entusiasmo igual, lo mismo por las damas de la corte, que por las burguesas acomodadas.

Pero la principal innovación en esto de la *toilette*, fué el *vertugadin*, *vertugatie* ó *vertugardien* (almohadilla ó cadera postiza), «guarda infante», que decimos nosotros; «especie de tontillo redondo, muy hueco, hecho de alambres con cintas, que se ponían antiguamente las mujeres en la cintura, y sobre él la *basquiña*», según explica el Diccionario.

Fué esto del *vertugadin* cosa nunca vista, novedad de novedades, que puso en conmoción los usos más en auge; moda, en fin, que duró tres siglos, más ó menos modificada, y con los distintos nombres de *panier*, *crinoline*, *pouf*, *tournure*, etc. Llamóse más tarde, casi en nuestros días, «miriñaque»; y ayer, como quien dice, el «polisón» nos recordó aquella moda; recuerdo acentuado más tarde, cuando no había falda sin dos, tres ó más aceros detrás; faldas muy huecas y separadas, que tuvieron innegada aceptación. Vale más no seguir evocando cosas tristes, pues exageraciones semejantes desagradan siempre; y, francamente, todo lo que sea acercarse al miriñaque, horripila.

Pero como íbamos diciendo, al cabo de tres siglos, y por sus pasos contados, para que la vista se fuera habituando poco á poco, comenzaron las faldas á disminuir de volumen y desaparecer en grandes campanas, pasaron las damas elegantes al extremo opuesto, mediante la completa desaparición del guarda infante. Usáronse las faldas ceñidas, *ultra collantes* (como diría un célebre modisto francés), que reinaron durante algunos años, para dejar luego que tornasen á imperar las ahuecadas. ¡Todo vuelve!

¡Es particular! Esta usanza de la amplitud en las faldas es la que más se ha arraigado desde que la moda es... moda. Y á pesar de que lo mismo el *vertugadin* que todos los demás armatostes, fueron objeto de acerbos críticas, de canciones picantes y burlas

sin piedad, cada vez enían más arraigo; sin que tampoco sirvieran de nada enérgicos edictos, ni la guerra que le hicieran los hombres todos. El *vertugadin* se impuso. Pero la guerra de que fué objeto solo puede compararse á la que se le hizo al corsé; oposición igualmente unánime y que obtuvo los mismos resultados, toda vez que el corsé vive y vivirá siempre.

Continuaré otro día, si, como deseo, estas modas que fueron, y que serán, interesan á las lectoras.

Y tengo el gusto de presentar á ustedes esta noble dama, con la *toilette* que á mediados del siglo xv usaron las famosas *chate-laines*.



S.

SUS OJOS

SUEÑO

Llegué á mi casa pensando en ellos. Me desembaracé del sombrero y el gabán; entré en mi gabinete; me senté delante de la mesa; apoyé en ella los codos, y entre mis manos la cabeza, y permanecí en aquella posición no sé cuanto tiempo.

Solo recuerdo que los objetos que tenía ante mi vista fueron poco á poco perdiendo su forma, hasta disiparse por completo. La atmósfera fué haciéndose tan densa, que la claridad que el quinqué despedía llegó á eclipsarse.

Tampoco podría afirmar si mis ojos estaban abiertos ó cerrados, ni si estaba despierto ó dormido; pero sentía en mi organismo esa debilidad, ese enervamiento que precede al letargo, y fuese con los ojos del rostro ó con los del alma—si es que ésta los tiene,—ví entre las sombras que llegaron á rodearme: primero dos puntos luminosos cuyos cambiantes me deslumbraban y después... dos ojos que estaban fijos en mí.

Dos ojos que no podré, seguramente, describir, á pesar de haberlos contemplado entonces—y quizás antes—tanto tiempo.

Me fué imposible ver su color, pues más que ojos, parecíanme dos estrellas cerradas en órbitas de color de rosa animado.

Yo hacía esfuerzos por adivinar, ya que no ver, el rostro á que pertenecían, pero era inútil. Unas veces se aproximaban hasta quedar enfrente de los míos, y como si quisieran leer en mi alma; estaban abiertos y parecían interrogarme é instarme á mirarlos con igual franqueza. Otras sus largas pestañas se replégaban dejando escapar por entre sus dos filas dos destellos que, llegando á mi corazón, le volvían de fuego. A estas miradas sucedían otras más lánguidas y dulces.

En aquel mudo y singular lenguaje leía toda una historia de casto amor, demasiado sublime, demasiado grandiosa para traducirla á nuestro mezquino idioma humano.

Por último, lanzándome una mirada angustiosa, la ví alejarse poco á poco hasta desaparecer en la oscuridad.

Entonces restregué con ansiedad los míos, reconcentré en ellos mi alma, mi vida entera... quería verlos... verlos eternamente... mas solo un breve instante pude conseguirlo... ¡Se elevaban mirando al cielo!

... Mi corazón latía con violencia... el pecho parecía pequeño para albergarlo... sufría horriblemente... me ahogaba... un punto más y mi alma hubiera volado tras de aquellos ojos, dejando destrozada su miserable envoltura... ¡desperté!

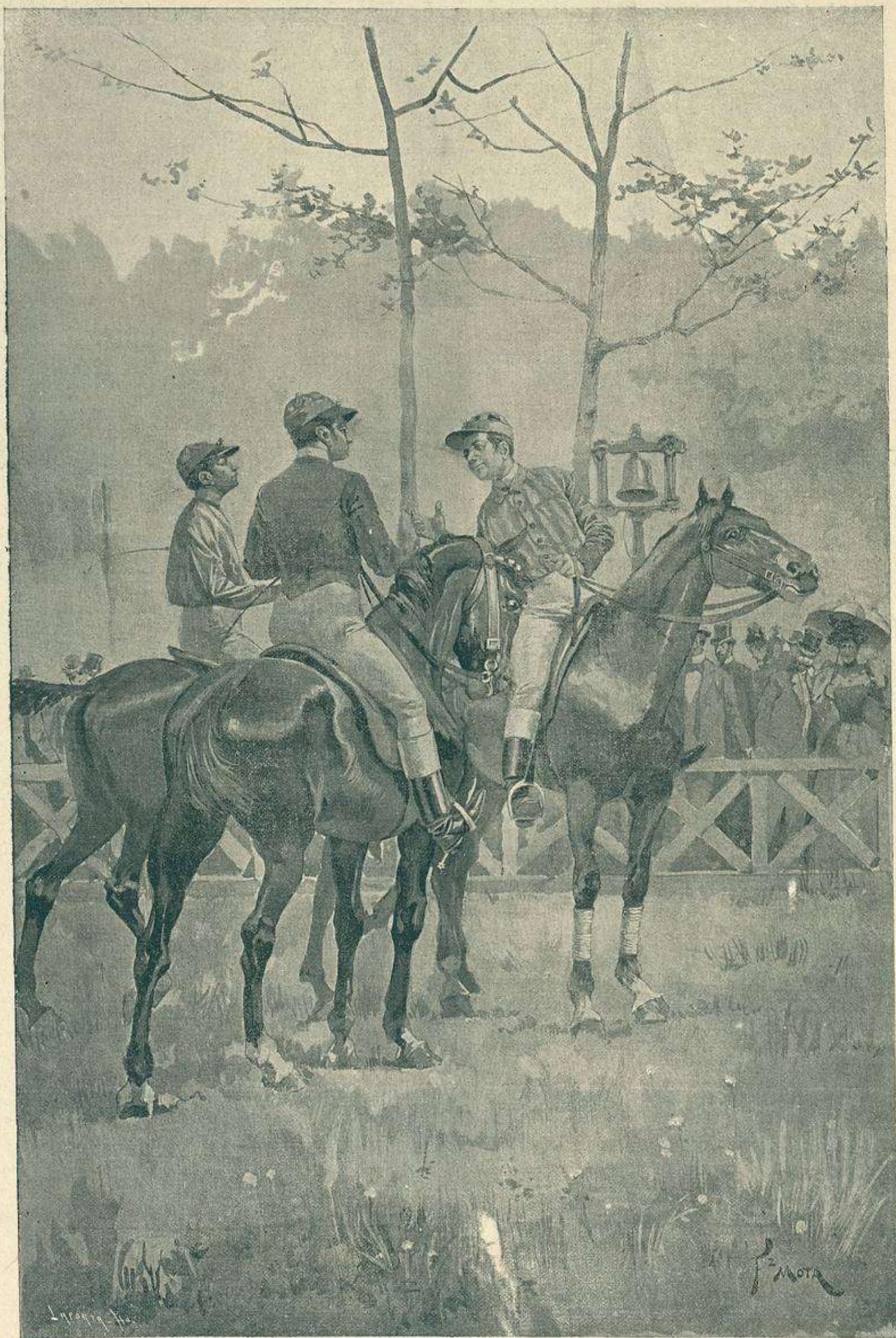
Desde aquella noche hay en mí un fondo de amargura que nunca logrará desterrar tu amistad. Mi vida se agita y revuelve inquieta en el vacío y la soledad más espantosos, porque no tiene ninguna aspiración.

Aquellos ojos, luz divina, que habían de ser mi Norte y guía en este valle de lágrimas, no he de encontrarlos en ninguno de los rostros que nos rodean, porque tornáronse al cielo, su patria.

Tal decían las cuartillas, escritas con lápiz, que apretaba convulsivamente en su mano izquierda el joven que se suicidó ayer tarde en el Retiro, y que remite á usted se seguro servidor

Q. B. S. M.,

EDUARDO BALABASQUER.



EN EL TURF (MADRID)

SOLUCIONES Á LAS CHARADAS

- 1.^a DOMITILA
- 2.^a RATONERA

SOLUCION AL TRIÁNGULO

MOZART
OLAVE
ZAPE
AVE
RE
T

SOLUCION AL JEROGLÍFICO

En Washington el hombre es capaz de cometer un grande y espantoso disparate por su desmedido amor al oro.

CHARADAS

I

Con una letra tan solo se pronuncia la primera, y si la segunda unieses un adjetivo te diera.

Es precisa en los navíos la prima con la tercera, y la verás á menudo en ciertas y ciertas tiendas.

La tercera con segunda es cosa que da la tierra,

pues no hay planta ni verdura que poco ó mucho no tenga.

El *todo* es fruto, y á veces es medicina casera, pero también es nocivo, ó nociva, como quieras.

II

Casé con *prima* y *segunda* y mi padre no quería, porque *segunda* y *primera* es diversa de la mía.

Primera, *segunda* y *cuarta* se la dió á comer María á mi leal compañero solo por una manía.

Tercera y *cuarta* la hace con gran placer y alegría el que riquezas posee, y no misero-manía.

Al *todo* nos fuimos todos, y allí nació una hija mía, paisana de sus paisanos y sobrina de su tía.

Una mujer que solo tiene corazón, es completa y perfecta; en tanto que una mujer que solo posee talento, no es capaz de hacer fe iz al hombre que la ama.

En el pensamiento de Dios no hay más que dos mujeres que tienen derecho al cariño del hombre: su madre y la madre de sus hijos. Fuera de esos dos amores legítimos, entre esas dos criaturas sagradas, no hay más que agitaciones vanas, ilusiones dolorosas y ridículas.

El corazón de la mujer está hecho de tal modo, que por muy árido que se vuelva al contacto de las preocupaciones y las exigencias de la etiqueta, siempre conserva un átomo de fertilidad.

Si tuviera que dar mi opinión sobre la diferencia moral que existe entre el hombre y la mujer, diría que el hombre vale más, pero que la mujer es mejor.

¿Por qué será que la naturaleza, que ha organizado tan bien al hombre para hacer el mal lo ha organizado tan mal, para hacer el bien?

Sobre diez mil hombres hay ocho mil que amen á las mujeres, quinientos que amen á la mujer y uno que ame á una mujer.

La vejez es insoportable si no tiene un ideal ó un vicio cualquiera.

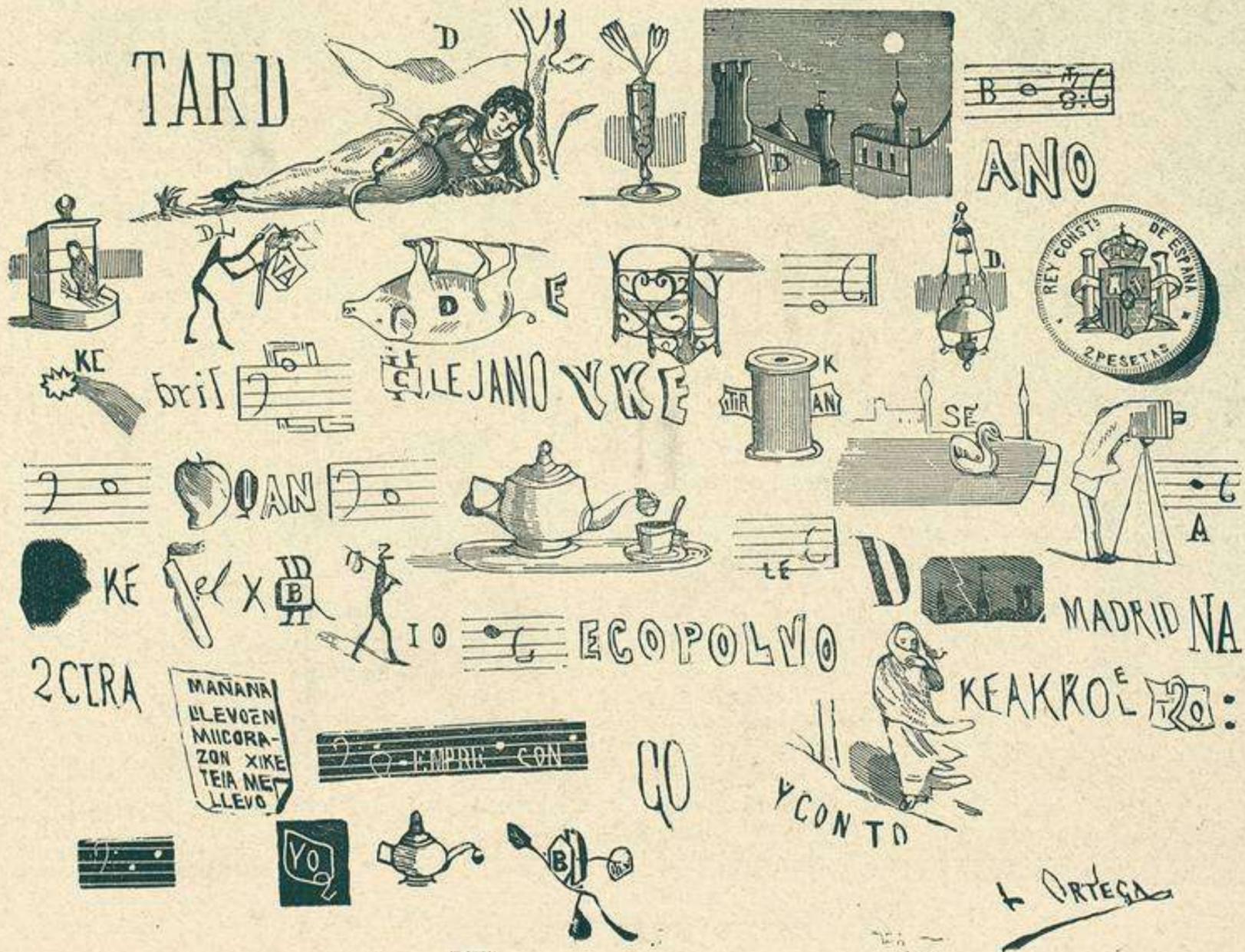
Siempre castigamos en los otros los defectos de que nos aprovechamos luego.

PENSAMIENTOS

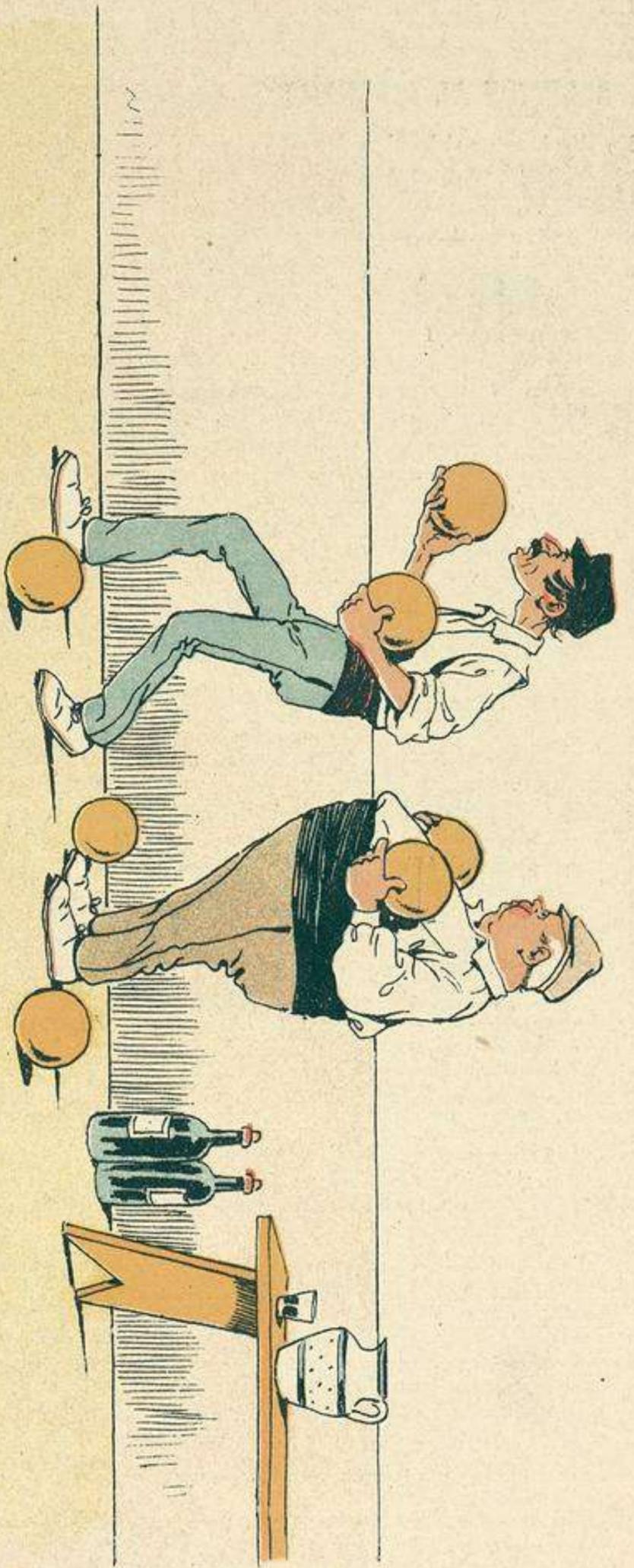
La mujer menos coqueta sabe que un hombre está enamorado de ella, antes que aquél se haya apercibido de su amor.

El talento no es indispensable á la mujer para seducir, pues muchas mujeres consiguen, sin necesidad del talento y valiéndose solo de ese tacto exquisito tan común al bello sexo, ser unas criaturas encantadoras.

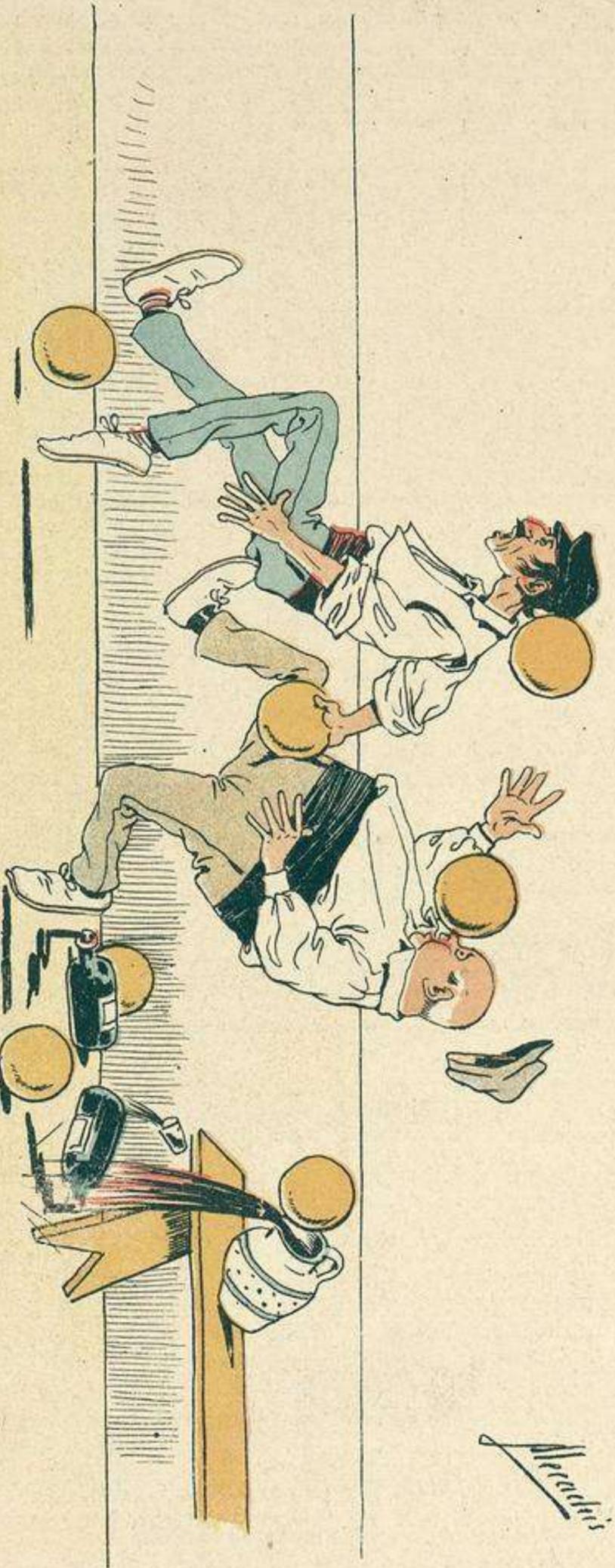
JEROGLIFICO



BOLOS.



Apunten



Meradhi

Pum